

parte del que será su asesino, el posterior cortejo del que él la hace objeto hasta convertirla en su amante y, finalmente, el crimen, tras el intento de huida de ella.

"Alba Marina se fue" presenta un acercamiento interesante al mundo onírico. Alba Marina, profundamente decepcionada de su relación con Alcides, e incapaz de comunicarse con él, toma la decisión de suicidarse, en una forma dulce, uniéndose a su eterno sueño de ballena, que nos recuerdan los elefantes blancos de Hemingway. En esta historia el narrador se conforma con adaptarse al sistema clásico de la sencilla omnisciencia, abandonando toda pretensión de ser personaje. El resultado, por supuesto, gana en coherencia.

"Emérita Pertuz, mi tirana, llora frente al mar" combina la corriente de conciencia de este hombre, que la llama "mi tirana", con un narrador omnisciente. Este último se encarga de relatar el presente de Emérita, abandonada, llorando frente al mar, y el pasado, sus recuerdos, esencialmente en relación con el hombre que la abandonó. Este toma la palabra en el relato para expresar, con el recurso de la corriente de conciencia, sus pensamientos en el duro e interminable viaje de polizón a bordo de un barco. La soledad y la incomunicación se hacen aún más palpables que en el relato anterior, porque ambos personajes sufren y recuerdan, y los dos están atrapados, ella en el puerto, ante la inmensidad del mar y la incertidumbre, y él en la bodega de un barco, con una incertidumbre aún mayor que puede costarle la vida.

Un final terrible tras otro, una mujer tras otra que fracasa resulta repetitivo, y uno se pregunta, tras la violación y asesinato de la primera, el suicidio de la segunda, el abandono de la tercera, ¿qué más desgracias pueden sucederle a una mujer sin llegar a lo cómico por la vía de lo hipertrágico? Y en este momento el lector se siente casi decepcionado por el final, en cierto modo, feliz, con que se nos consuela y sorprende. En "Con las mujeres no te metas o macho abrázame otra vez", la mujer es por primera vez en el libro soporte de la narración, es la primera vez que se le concede la palabra y es también la única que posee cierto poder sobre su propia vida.

Los abundantes errores tipográficos dificultan la lectura y causan cierta frustración en el lector, ya que no es posible distinguir claramente lo que podría ser artificio de modernidad en ortografía, puntuación y acentuación. Contribuye a aumentar la confusión el extraño recurso editorial de dejar una línea en blanco tras cada punto y aparte, de forma que no sabemos cuándo estamos ante un cambio de secuencia o ante un cambio de párrafo, simplemente. Tampoco podemos saber si la deficiente construcción sintáctica de algunas frases es deliberada o no.

A nuestro juicio, es ésta una novela interesante, que demuestra la inquietud de Roberto Burgos por la variedad de técnicas narrativas y por la exploración de la interioridad humana. Tratándose tan solo de su segunda novela, podemos esperar de su autor, un mejor desarrollo de sus recursos, una realización más acabada y, por favor, un mejor corrector de pruebas de imprenta.

Hemos de agradecer al autor el orden en que están colocadas las cuatro historias, de más a menos tremebunda, lo cual nos permite cerrar el libro con un residuo de esperanza y de confianza en el hombre. No hay duda de que es una novela de penas y desvelos, aunque resulta difícil ver los gozos por parte alguna. ¿Debemos entender el título como una broma poco feliz o quizá alude al gozo de su autor al escribir el libro y a los desvelos de los infortunados lectores?

Juan Gustavo Cobo Borda Arciniegas de cuerpo entero

Bogotá, Planeta, 1987. 435 págs.

Néstor Madrid Malo

Juan Gustavo Cobo Borda ha tenido la idea de recoger en un volumen varias decenas de escritos (entrevistas, juicios críticos, ensayos) sobre la obra y la personalidad de Ger-

mán Arciniegas. Y es así como recientemente ha aparecido, editado por Planeta (Bogotá, 1987), el libro que le da título a esta nota y que, ciertamente, se hacía esperar. Pues tratándose de un escritor de la talla y de la significación de Arciniegas, se estaba echando de menos una obra que pudiera, al fin, presentar una *summa* crítica sobre uno de los escritores más representativos de nuestra literatura.

Porque valga la oportunidad de expresar aquí bien en alta voz, así sea escrita, que sin Arciniegas la prosa colombiana de este siglo no habría podido salir del marasmo centenarista que la tuvo atada, hasta bien entrada la década de los treinta, a cánones anticuados que mucho sabían a los trances oratorios y grandilocuentes que predominaron en la península hasta el surgimiento de la generación del noventa y ocho. Pero apareció don Germán y lo que eran las largas tiradas, sin el esperanzador punto y seguido o el aparte, fueron reduciéndose a un idioma tratado bien diferentemente, a base de períodos cortos, de una prosa briosa y juguetona, no exenta de leve ironía y de sano buen humor, por donde asoman y burbujean las ideas, aireándose, oxigenándose, como el agua en los altos surtidores de una fuente.

Este papel de renovador, de fundador de la prosa moderna en nuestro país, lo realizó Arciniegas prácticamente solo. Miembro de la generación de Los Nuevos, surgida a mediados de los años veinte, nada tiene él que ver con la prosa que escribían sus compañeros de grupo, entre los cuales no se ve ninguno, salvo quizá José Umaña Bernal, que pueda comparársela en tal sentido. Basta leer los primeros libros que Arciniegas ("El estudiante de la mesa redonda", 1932; "Diario de un peatón", 1936; "América, tierra firme", 1937) para darse cuenta de cuál fue el tipo de revolución que en nuestra prosa introdujo el escritor bogotano. Es ya un estilo diverso, un identificador modo de crear que va a permanecer, a ser consustancial con todo lo que desde entonces escribirá él, desde la simple nota periodística al ensayo histórico, sociológico, político y biográfico, que en todos esos campos ha descollado con idéntica y auténtica dimensión creadora.

Sobre este escritor de tan excepcionales calidades, a quien el paso de los años, lejos de

envejecerlo literariamente, cada vez lo rejuvenece más, se ha escrito mucho. Mas casi todo permanecía desconocido para sus innumerables lectores y para quienes pudieren interesarse en el estudio de su obra, que por cierto no ha sido objeto, hasta donde sabemos, de ese análisis de conjunto que bien se merece ella en todos sus aspectos. Precisamente, para salvar esa falla ha llegado ahora este libro de Cobo Borda, al cual, no obstante sus méritos, habría que hacerle un solo reparo: la de ser demasiado farragoso, la de contener más material del necesario. Pues si el compilador se hubiera limitado a publicar los puros textos críticos —sin entrevistas, epistolario, etc.—, tal vez el libro habría resultado mucho más ajustado a los propósitos de este tipo de obras, tal como lo ha logrado hace poco Montserrat Ordóñez, con su volumen sobre José Eustasio Rivera.

La independencia: Ensayos de historia social

Germán Colmenares
Zamira Díaz de Zuluaga
José Escorcía
Francisco Zuluaga

Bogotá, Instituto Colombiano
de Cultura, 1986. 186 págs.

David Sowell
Allegheny College

Colección de cinco ensayos. Esos libros, según Colmenares, autor del primero, forman la proyección de hechos por la cual "los padres de la patria", representados por Restrepo, "parecen haber construido su propio mito" sobre el significado de la independencia. Propone Colmenares que la conciencia moral de Restrepo describió las tensiones entre "el imperio de la ley, el afianzamiento